

**CUENTO N° 294**

**TÍTULO: UN CUENTO**

**SEUDÓNIMO: TOUTIN**

**AUTOR: CARLOS ALBERTO BRAVO COUTIN**

## UN CUENTO

Toutin

Juanito, 10 años, niño alegre y entusiasta vivía por los años 60 en un pueblo del Sur de Chile, donde dentro de sus obligaciones estaban hacer los mandados de su madre Doña Lucila, mujer de gran temple que se levantaba al alba, con el canto del gallo para tener el fuego listo para el desayuno. Su padre Iván, en cambio, Pro Hombre dentro del pueblo, juez intachable, cariñoso e implacable a la hora de impartir justicia en el pueblo.

Juanito le cuenta a don Tiburcio el almacenero, la copucha que ya es vox populi, pero ¿de qué se trata?

Resulta que habrá una gran pelea de box en el Pueblo, el Viernes, y por lo que he escuchado, añade Juanito, quieren traer un boxeador de la capital a pelear con el “huaso Liborio”. Sí, el huaso Liborio el que es seco “pa’ los combos”. Pero ¿cómo? responde don Tiburcio, que yo sepa el huaso nunca ha peleado con un boxeador profesional, ¡Qué increíble!, yo veo difícil esta cuestión. ¡Ah! Exclama Juanito, y esto recién comienza, yo sé todos los entretelones de la pelea.

Fue en ese momento que Juanito, se lanzó en una narración con pelos y señales, y a la cual ya se habían integrado varios vecinos, que por casualidad visitaban el almacén, e interesados en la noticia ya se habían acomodado al efecto.

Si pues, don Tiburcio, este cuento de la pelea de box, será el gran acontecimiento de toda la zona, ya me contaron que vienen primos y amigos de Cunco, y Toltén y ¡todos los de las madereras!, Asíque prepárense bien para llegar temprano y agarrar buenos lugares. Resulta además que el Juez, como autoridad principal, el Mayor o Capitán de Carabineros, don Ricardo y don Miguel el Médico, que como todos saben

son muy aficionados al box, han tenido la ocurrencia de organizar esta gran pelea en el pueblo e invitar a un boxeador importante y premiado, del Norte que según escuché a mi papá, ganó un premio en los Juegos Panamericanos.

Al observar a los participantes con atención máxima y exclamaciones de incredulidad, Juanito cada vez tomaba mayor fuerza en el cuento, y les trasmitía más detalles que agregaba de su propia cosecha, lo que hacía que los presentes, acostumbrados a la quietud y pasividad del pueblo se encontraran en un estado cada vez de mayor interés y atención. Ocurre, continuó Juanito, que este boxeador campeón de la capital, había participado en una competencia de Box Panamericano, obteniendo ¡una medalla de plata! fue justo en esta etapa del relato cuando hubo una exclamación al unísono de los escuchas, ¡Chuuuuutas!! y ¿no consiguió la medalla de oro?, no, porque según comentan, se arrancó del lugar. ¡Uaaaaa!. Y escuchen todos, este boxeador de gran fama sería el contrincante que las autoridades del pueblo harían que se enfrentara en una pelea a 10 rounds, contra el “Huaso Liborio”. Liborio era un viejo y reconocido habitante del pueblo, muy firme para pelear, pero asimismo, como la gran mayoría de sus amigos, muy bueno para el trago y las grescas. Dentro de toda la zona se había forjado la fama por haberle pegado a varios, y haberlos dejado Knock Out o inconscientes de una. A las pocas horas, la noticia de la pelea cundió en el pueblo como reguero de pólvora, y Juanito no cabía en sí por manejar tanta información al respecto, y por supuesto poder trasmitirla de primera fuente, lo que empezó a avanzar como la tortilla corredora, atrayendo a numerosas personas incluso habitantes de localidades aledañas.

Los preparativos para el evento no tardaron en comenzar, Juanito colaboraba feliz con sus amigos en la venta de las entradas, que fue un rotundo éxito, y fue por esto que se decidió finalmente habilitar el gimnasio de la escuela del pueblo. Entre varios se construyó y dispuso un cuadrilátero de madera, que se adaptó y ubicó al centro del lugar rodeado de sillas que dieron origen a una capacidad cercana a 70 personas bien sentadas.

Por su parte, los jueces de la pelea serían los organizadores y máximas autoridades del pueblo, en este caso, don Iván el Juez, don Ricardo y don Miguel.

A pocos días del gran suceso, según contó Juanito, surgió un inconveniente grave, el huaso Tiburcio se pegó una curadera de padre y señor mío, y enfermó gravemente. Por lo que claramente no estaba en condiciones de pelear con nadie, la Comisión organizadora entró en pánico, y no sabían qué hacer para lograr cumplir el objetivo, temiendo incluso su fracaso, las entradas ya estaban todas vendidas y el espectáculo había concitado el interés no solo del pueblo sino de toda la zona.

Cuenta Juanito, que por arte de birlibirloque, y ¡Oh!, de manera completamente fortuita, se presentó una solución. Hace algunos años en el pueblo vivía un ciudadano de origen europeo, llamado Hans Werner, hombre de complexión robusta y que siempre se ufana por dominar el arte de las peleas de box, intentando incluso adiestrar a los muchachos de la escuela. Fue justamente él quien se ofreció voluntariamente y con mucho entusiasmo, para reemplazar al Huaso, incluso mostró algunos documentos a Don Miguel, que por cierto Juanito expresaba no haberlos visto, pero que lo acreditaban como apto para las contiendas boxeriles. Solucionado el problema, llegó el día de la gran pelea. Era un día Viernes en la noche, la escuela se presentaba abarrotada de gente, sobre las 150 personas.

Todos gritaban y abucheaban por la larga espera para el inicio. Eran aproximadamente las 20 horas cuando se presentan en el ring separadamente los protagonistas, primero el gran "campeón" de Santiago y frustrado campeón Panamericano, que mientras se acercaba al ring lanzaba golpes al aire, oculto bajo una capa que le cubría gran parte del rostro acompañado del abucheo de todos los espectadores. Por su parte el Alemán que representaba al pueblo, se aproximada al cuadrilátero del mismo modo, desarrollando una rutina pugilística y lanzando golpes a diestra y siniestra, cual avezado peleador. Los jueces ya mencionados se encontraban sentados junto a una mesa cercana al ring y no cabían en sí de su felicidad e importancia como autoridades que habían dado cumplimiento al reto y al espectáculo.

Y suena la campana para dar inicio al primer round, de los 10 en que se había pactado. Ambos peleadores cual profesionales en la materia se abalanzaron al centro del cuadrilátero con una decisión taurina, Hans empezó a bailotear haciendo profusas muestras de ser avezado en la materia, lo que constituía obviamente una provocación al adversario, y cual púgil de gran experiencia lanzaba golpes al aire, le hacía muecas groseras a su contrincante y lo desafiaba abiertamente, todo con el apoyo del público, como si se tratase de un experto en la materia. El capitalino, hizo caso omiso de estas provocaciones y amenazas, y solo se limitó a asumir una actitud de estudio del rival, sin lanzar golpe alguno, el público abucheaba y azuzaba al boxeador local quien no atinaba a dar un golpe, sino solamente a exhibir una suerte de actitud de enfrentamiento pasivo con múltiples gestos y movimientos que denotaban los de un boxeador experimentado. Pero cual sería la sorpresa de todos, cuando el boxeador Capitalino, de manera intempestiva, se fue encima del púgil

local y le propinó dos golpes secos y fuertes, un jab de izquierda a la cara y parte del cuello, y el otro un perfecto hook al hígado que lo tumbaron a la lona en forma inmediata.

El silencio en el gimnasio por un segundo, fue sepulcral cundió la expectación total. Los jueces abandonaron sus asientos y el árbitro, cual profesional, corrió a separar al boxeador atacante y procedió al conteo de rigor. Pero de nada sirvió el conteo por cuanto Hans yacía en el piso inmóvil.

Al cabo de unos minutos, y cómo el púgil local no reaccionaba, la comisión de jueces requirió la presencia de don Miguel en el ring para certificar el estado del púgil. Rápidamente el médico del pueblo subió al cuadrilátero y luego de auscultarlo y varias maniobras de reanimación, bajo hacia los jueces, con una palidez que cubría su rostro e informó, que NO TENIA SIGNOS VITALES, o sea, ESTABA MUERTO.

La situación ocurrida provocó diferentes reacciones. El público no daba fe de la veracidad de los hechos y abucheaba y amenazaba gravemente con destruir todos los enseres del gimnasio. Los jueces demudados no podían creer lo que estaba sucediendo y previendo las graves consecuencias, y su responsabilidad en los hechos ordenaron el retiro inmediato del cadáver. El cuerpo inerte del alemán debió ser conducido en una camilla fuera del gimnasio. Aprovechando el desconcierto total, el boxeador de la capital huyó de manera sigilosa y rápida para evitar un linchamiento de parte de las hordas, cuya violencia y exacerbación ya era incontenible. Hubo que recurrir a la fuerza pública para calmar y desalojar el lugar. La Comisión responsable del combate, no atinaban a tomar una decisión que fuera conveniente a los acontecimientos ocurridos y que tuviera la competencia para resolver el problema.

Fue don Iván, el Juez, como autoridad máxima, quién asumiendo la responsabilidad de la comisión, tomó la decisión de notificar a su autoridad superior, esto es, a través del Alcalde, al Ministro de la Corte de Apelaciones respectiva, para que tomaran cartas en el asunto, agregando a continuación que todos los miembros, Juez incluido DEBERIAN IR PRESOS. Comunicada la autoridad, señaló, que nada se podía hacer hasta la designación de un Ministro en visita para el día hábil más próximo, esto es, el día lunes, pues los hechos ocurrieron en un fin de semana. Siendo así como todos los miembros de la Comisión, Juez, Capitán de Carabineros y Médico debieron permanecer en prisión preventiva, más específicamente, en la cárcel pública del pueblo, que se materializara el nombramiento y la concurrencia del Ministro en Visita.

Es así como, de esta manera insólita e increíble, nadie podía dar crédito, que después del gran acontecimiento deportivo, el Juez don Iván, Ricardo el Capitán de Carabineros y Miguel el Médico, permanecieran durante todo el fin de semana hasta la llegada del Ministro en Visita entre rejas en la cárcel del Pueblo, esperando la decisión de la Justicia Nadie podría jamás haber si quiera imaginado lo ocurrido, menos Juanito que por primera vez en su corta vida, no podía dar crédito y presenciaba a su padre y amigos, las autoridades máximas del pueblo encarceladas, Pero ellos no la pasaron mal, sus cónyuges se encargaron de llevarles buena comida, y no faltó el póker, la brisca, el cacho y las anécdotas del pueblo para amenizar el encierro.